

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

En Metéora la naturaleza ha formado uno de los más hermosos fenómenos de la tierra. El imponente panorama de inmensas formaciones rocosas se divisa desde la lejanía. ¿De dónde llegaron estos formidables bloques en cuyas cimas se ven los monasterios semejantes a colmenas y enjambres fabulosos? Desde varios kilómetros de distancia nos sorprende el paisaje con aquellos panes de piedra, que están diseminados sobre una extensísima distancia formando agrupaciones de cerros y limitando espacios impresionantes. El libro que me guía, dice que este ha sido un misterio que no han podido descifrar los geólogos; que el mar estuvo quizás sobre estas tierras, hace millones de años; que existen muchas teorías para explicar el origen de las piedras, las cuales no tienen conexión alguna con las regiones circundantes. Todo es conjetural y me parece que lo mejor que podemos hacer es atenernos al nombre: Metéora, algo que está relacionado con el aire. Así lo resolvió la sabiduría del pueblo al dar nombre al lugar. Pensemos pues que los monasterios están contruídos sobre desmesurados meteoritos, viejos en milenios de millones y demos otro tanto de tiempo a los geólogos para que nos resuelvan el problema.

He leído en todas las informaciones sobre Metéora que es posible pasar la noche en los monasterios, pues algunos tienen habitaciones especialmente dispuestas para alojar a los visitantes. En una de ellas se habla de su vino renombrado, y de la forma como se ofrecen el *uzo*, el café y el agua fresca, "in the traditional maner with great goodwill and honest kindness". Estos datos excitan mi imaginación y ya estoy pensando en los austeros refectorios y en las barbas solemnes de los popes dando la bienvenida a los peregrinos.

Las construcciones en el tope de los cerros son realmente impresionantes, y es necesario ascender a ellas por medio de innumerables escalas talladas en la piedra con el asedio del abismo a cada paso. En cuanto se acercan, van distinguiéndose las arcadas, los techos, las cúpulas. El ascenso lo hacemos bajo el encapotado cielo de una tarde muy fría y el viento zumba en los oídos con siniestras resonancias. Por cada grada que conquisto, difícilmente, con la respiración entrecortada, pienso en la dureza de los varones que escogieron estos lugares para vivir completamente ale-

jados del mundo desde hace mucho más de cinco centurias. El paisaje es severo y hermoso y, sin duda alguna, propicio para las más altas meditaciones.

En este escarpado lugar que visitamos primeramente está el monasterio de Barlaam que fue construído en los primeros años del siglo XVI, con sus notables frescos del tebano Frangos Castellanos en la capilla de Agion Panton, y los de Juan Stagites en la capilla de las Tres Jerarquías, que es necesario buscar por caminos de oscuridad y adivinar casi entre las sombras de las naves. Después de un buen rato, cuando los ojos se adentran y se adiestran en lo oscuro, las figuras van surgiendo como fantasmas coloreados en sus fastuosos ropajes. Recorremos las capillas rodeados de un reverente silencio. Volvemos al cielo gris, y a lo lejos podemos contemplar otros monasterios, algunos de ellos completamente abandonados, en donde el Dios escondido sella las piedras con su triple silencio.

En realidad son muy pocos los monjes que se ven. Uno, surge en la distancia como una sombra, con su blanquísima barba acariciada por el viento. En una de nuestras exploraciones en el monasterio Agios Estéfanos, encontramos a un monje joven que aserraba madera para calentar en el invierno estas piedras desoladas. Allí estaba mudo, entregado a su tarea. Nos miró de repente para sonreír y para volver en seguida a su trabajo. Nos miró como desde otra dimensión, desde otro silencio, desde una latitud inasible que hasta hoy me sigue siendo desconocida. No tuve tiempo de contemplar en toda su amplitud aquella paz y aquella conformidad que pude vislumbrar en su mirada. Ahora que lo estoy recordando, pienso que lo que más me impresionó, fue ese gesto suyo al regresar al trabajo, después de que nos había sonreído como si su sonrisa fuera el mejor presente para el extranjero. ¡Había tanta decisión imperturbable en el recomienzo de su faena!

Un monasterio está habitado por monjas. Helena y yo no tenemos dificultad para ser recibidos; a Juan, que lleva un suéter, lo rechazan, es necesario vestir una chaqueta para visitarlo. En la portería le proporcionan una. Las monjas de riguroso negro desde la toca hasta las faldas amplísimas, están muy atareadas, barriendo, limpiando, fregando. Se escucha la rumorosa oración del trabajo. Ríen sorprendidas cuando se dan cuenta de que las observamos con atención. Hay un pequeño almacén en donde venden sus trabajos hechos a mano: bordados finísimos, canastillas, bandejas de madera labrada. Sonríen, hablan con Juan y bondadosamente nos abren la capilla para que podamos contemplar la maravilla de sus íconos y de sus paredes historiadas con las leyendas de oro.

Por señas indico a Juan que nos gustaría pasar la noche en un monasterio, y Juan estalla en una sonora carcajada. Por señas me indica también, que yo estoy loco si pienso que Helena puede ser admitida por la noche en la habitación de los monjes. Regresamos un poco melancólicamente. Detrás de nosotros las rocas se van sumergiendo en la niebla con su peso de eternidad; los pies implorantes de la piedra con su paz y sus mundos desaparecidos en el silencio de los eremitas. Pienso ahora en las

ideas radiantes que me embargaron a mi regreso sobre el destino de los hombres, que ya son apenas vagas cenizas dispersadas por los vientos de ese cielo bajo, en aquella explanada de Paneios, seca y taciturna con sus imprevistas montañas.

En el hotel de turismo de Metéora tomamos una taza de té. Juan me ha explicado con su lenguaje tumultuoso, que no debemos permanecer allí y que es mejor pernoctar en Kalambaka que dista nueve kilómetros. Acepto contrariado porque ya es un poco tarde. Después comprendo. En Kalambaka hay un hotel magnífico cuyas tarifas son exactamente la mitad de las de Metéora porque no lo frecuentan los turistas.

A la mañana siguiente regresamos muy temprano. Tríkala, Karditsa, Lamia, Levadia. Tierras ondulantes, ásperas, con sus rebaños y sus pastores de trecho en trecho. Los pastores más solitarios que los monjes de Metéora bajo los cielos lluviosos. Rostros de frisos antiguos arreando re-cuas en los caminos. Agamenón con una gallina bajo el brazo y Electra avanzando lentamente por la carretera con su manada de gansos. Nuestro regreso es rápido y prontamente estamos en Levadia para admirar el León de Alejandro en Keronea. De ahí enrumbamos hacia Delfos. El León nos esperaba majestuoso en el recodo de la carretera. Juan nos ha hecho dar una vuelta de muchos kilómetros para admirarlo. Como yo no lo sabía, tuve una larga discusión con él por no haber tomado una pequeña carretera señalada en el mapa, y que nos podía conducir directamente a Delfos. Helena ha estado de acuerdo conmigo y ha colaborado en los gestos de desaprobación, por lo que he tomado como una treta para alargar el kilometraje y, por lo tanto, la cuenta del automóvil. Después de contemplar el monumento, le presentamos excusas de la mejor manera posible. Juan acepta con cierta orgullosa condescendencia nuestra confusión.

Avanzamos por entre el gris día que sostienen los pinos. Súbitamente nuestro conductor se anima de una manera extraordinaria, señala a un lado de la carretera y pronuncia unas palabras que no logramos entender. Finalmente distingo una: Parnasso. Sí, el Parnaso, con acento en la última sílaba, se eleva a nuestro lado con la cima rodeada por una purísima niebla.

Helena y yo hemos reñido todo el tiempo desde Keronea hasta Delfos. No nos cruzamos una palabra. Me observa de reojo y se ríe burlona de mi rostro tan serio. Ya no me mira con ese mentiroso parpadeo de los primeros días. A veces sorprendo sus ojos dirigidos a mí atentamente. Me desesperan sus ideas fijas. Hoy ha tenido dos que me han sacado de quicio. Como hace frío quiere comprarse un "jersey" y, súbitamente, le ha hecho una falta monstruosa la coca-cola que no se encuentra por ninguna parte. En todos los pueblos ha hecho perder un precioso tiempo a Juan buscando la bendita bebida y el dichoso suéter. A veces me dan ganas de hacerla desaparecer, pero no propiamente por culpa de la coca-cola.

Se me ocurre que es mucho mejor estar contrariado con Helena. Habrá mayor oportunidad de recogimiento ahora que estamos llegando al *onfalos* u ombligo de la tierra. Hace tiempo que no utilizo mi máquina de escribir y espero que la influencia sagrada del lugar me anime a conti-

nuar mi tarea. Pero ahora todo se vuelve más difícil. No puedo entender las cosas sino a través del mito que me he ido formando en el curso de estos últimos días. Quizás esta experiencia me puede colocar en situación de comprender un poco del mundo antiguo; todo este universo imaginativo que choca con el viejo hábito que se nos ha impuesto de pensar esquemáticamente.

El pequeño pueblo que está cerca al templo de Apolo lo forma una sola calle larguísima con hoteles y casas de gusto moderno. Muy corto tiempo tomó su reconocimiento en casi todos sus detalles. Hemos llegado al declinar del día y apenas sí podemos sospechar la esplendidez del paisaje. Las nubes bajas hacen más impresionante el silencio, que desde un principio se instala en nuestro rededor como si fuera la verdadera divinidad del lugar.

Después de cenar hice un recorrido solitario por la calle que había mirado a la llegada desde el automóvil. En una pequeña taberna —tal vez la única taberna del pueblo— me detengo para tomar una copa de *uzo*. Hay un grupo de griegos con aire de campesinos, que al verme solo me invitan con una palabra que comprendo: *Kalinigta*, buenas noches. Tomo un trago en su mesa y permanezco un corto rato tratando de explicar todo el tiempo por medio de señas, que ni entiendo ni puedo hablar su hermosa lengua. Pero esta dificultad no tiene importancia. Indico que quiero retirarme pero esto no es posible: es necesario tomar otro trago y otro. Me abrazan y siento muy cerca del rostro el fuerte tufo y los espesos bigotes de mis compañeros. Regreso por entre la niebla de la calle suavemente mareado.

La mañana adviene con un techo azul sin mácula. Frente a mi hotel hay un observatorio desde el cual se puede mirar el profundo valle del Pleistos. Al frente el monte Cirfis que llega hasta el mar, y a mis espaldas los desnudos picos de las Fedriadas, las Rocas Brillantes, sobre las cuales se recuesta el santuario de Apolo. El espectáculo de la naturaleza es sobrecogedor: la magnífica garganta de suavísimos verdes y el dios que descansa sobre las montañas su ebrio tacto con todos los resplandores. En la lejanía se distingue el Tholes de Athena Pronaia con sus tres soberbias columnas desde donde se alza la increíble transparencia.

Hay un largo sendero cubierto de espesos árboles que me conduce al santuario. Recorro su larga sombra morosamente, asediado por interrogantes irreprimibles, como si verdaderamente estuviera a punto de pisar los umbrales de una gran epifanía, y como si ese secreto que he venido asediando a lo largo de mi existencia fuera a tener una explicación al final de este camino que Dafne sigue tejiendo para eterno martirio de su amado.

Ahí están, por fin, las ruinas con sus rotas columnas, con sus piedras blancas como osamentas de la eternidad, los frisos hendidos por el tiempo, taladrados por los siglos de cuya persistencia y ferocidad dan un glorioso testimonio. El escenario está poseído por una magia que por vez primera me fue dado conocer. El tiempo apareció allí con su gran paso de bestia y su obsesionante secuencia de cosas olvidadas. Jamás había visto una

destrucción tan viva, tan llena de misterios inexpugnables. La luz universal irradia de cada una de las piedras, de cada uno de los delicados ornamentos diseminados entre esbeltos árboles y jardines de amatista.

El asombro me lleva de la mano por la Vía Sacra que asciende todo el Apolo Tenemos, desde el museo hasta las ruinas del teatro que corona el inmenso santuario. En el centro del grandioso campo fuertemente inclinado, está el templo en donde la profetisa Pithia pronunciaba los oráculos desde el divino trípode y las humaredas embriagantes. Ahora se ha establecido sobre sus ruinas un arquitecto alemán que recoge en un plano hasta los menores detalles de cada una de las piedras del templo. Su atareada diligencia con metros y plomadas disipa todas mis emociones y mi recogimiento. Nunca pensé que la civilización pudiera perseguirnos con tan infinita perfidia.